

CHILDE-HAROLD EN ANDALUCÍA, título del artículo que el ecijano Benito Mas y Prat, publicó el **8 agosto de 1884**, en la revista ***La Ilustración Española y Americana***.

Octubre 2019
Ramón Freire Gálvez.

Antes de entrar a reproducir el artículo que nos dejó Mas y Prat a través de *La Ilustración Española y Americana* en 8 de Agosto de 1884, se hace preciso conocer un poco más, a través de las bibliografías existentes al respecto, a Childe-Harol y es lo que sigue:

“Las peregrinaciones de Childe-Harold por J.M.W. Turner. *Las peregrinaciones de Childe-Harold* es un extenso poema narrativo



From a portrait by Kramer.

Byron

dividido en cuatro cantos escrito por el autor inglés Lord Byron, publicado entre 1812 y 1818.

El poema describe los viajes y reflexiones de un hombre joven hastiado del mundo, desilusionado de una vida de placer y deleite, mientras goza de los paisajes de las tierras extranjeras por donde va pasando. En sentido amplio es una expresión melancólica y desilusionante caída de una generación harta de las guerras post-revolucionarias y la Era napoleónica. En el título aparece la palabra childe, nombre dado en la

Edad Media en Inglaterra a los jóvenes aspirantes a caballero.

El poema es claramente autobiográfico, ya que gran parte de los viajes son por el Mar Mediterráneo y el Mar Egeo bien conocidos por Byron. Viajó por España, Portugal, Italia, Albania, Malta, Grecia y Turquía. Empezó a escribir en Albania en 1812. A pesar de que Byron no creyó que el poema fuera a tener éxito, nada más publicarse por su editor John Murray, tuvo una gran acogida e hizo

famoso a Byron. Las mujeres aristocráticas fueron las que mejor valoraron el poema, atraídas por la personalidad de Harold.

Esta obra introdujo el concepto de héroe byroniano, el cual se fue haciendo cada vez más popular. Este tipo de héroe es descrito como un marginado de la sociedad, un fuera de la ley, que además está en controversia con él mismo, a veces cruel, a veces amable, devoto pero sin fe, y nunca satisfecho, pero buscando nuevas sensaciones. Childe Harold fue el vehículo que utilizó Byron para expresar sus creencias e ideas. La atmósfera del poema inspiró al compositor francés Louis Hécator Berlioz para realizar su sinfonía Harold en Italia.”

Reflejado lo anterior como introducción, procedo a reproducir íntegramente el artículo de nuestro paisano Benito Mas y Prat, bajo el título de:

CHILDE-HAROL EN ANDALUCIA

Antes de hojear el poema en que se reflejan, como en alborotado río, las ideas y las propensiones del peregrino Childe-Harold, señalaremos de pasada el estado de ánimo en que se hallaba el creador del tipo al recorrer la España.

Byron visitó nuestra Península cuando su corazón estaba lleno de vicios y su cerebro de preocupaciones; cuando su natural orgullo se sobreponía a todo cuando le rodeaba; cuando aún no había podido comprender que existieran sobre la tierra castas hermosuras y afectos desinteresados. Arrastrado por las corrientes escépticas del romanticismo alemán, que produjeron el *Fausto* y el *Werther*, y que inspiraron a su amigo Schelly tan libres escritos, carecía por completo de ideales, y solo veía en torno suyo humo y escoria.

Las brisas de los lagos de West-Moreland, en cuyas márgenes cantó Wordwouth, saturándose de tristezas y melancolías, y aunque no llegó el a cantar la materia inconsciente, como el autor



CHILDE HAROLD'S
PILGRIMAGE
LORD BYRON

de La Necesidad del ateísmo, porque se oponían a ello sus preocupaciones nobiliarias y el recuerdo de los preceptos de sus dómicos de Aberdeen, abusó más que el mismo Schelly de la negación del sarcasmo. Irresoluto en todo, tanto en filosofía como en literatura, al contrario de lo que afirmaba en sus cartas íntimas, contribuyó, más de lo que él pensaba, a embadurnar los templos griegos y a decorar las mezquitas¹. Romántico hasta el tuétano, prefiere sus obras clásicas, porque las cree las mejores.

A mi juicio, la indecisión es la nota característica de Byron, el ¿quién sabe? De Kant, se revela en sus mismas imprecaciones. Su negación, no es reposada como la del impío que razona, sino tempestuosa y terrible como la del incrédulo irresoluto que confiesa su impotencia para creer en algo. Por eso cuando niega maldice, y cuando duda lanza un suspiro o una carcajada.

La prueba de que el poeta Lord no tenía la menor noción ni aún del sencillo ideal de la familia, es que encontró su lugar vacío antes de haberle gozado cumplidamente. Acaso comprendió por primera vez que dos seres amados pueden habitar bajo un mismo

3



techo, al contemplar las parejas de golondrinas que anidaban bajo los aleros de nuestras habitaciones andaluzas, y conoció que era posible hallar algo santo y bueno sobre la tierra al dar el beso de despedida a su pobre hija Augusta Ada.

Más abramos la *Peregrinación de Childe-Harold*. De los cuatro cantos que podemos examinar, uno tan sólo cumple al propósito de este

estudio, y no perderemos nada en desglosarlo, porque este poema, como casi todos los del autor de *Manfredo*, carece de unidad, y según la autorizada opinión de Macaulay, que es la mía en este punto, hubiera podido tener proporciones desmesuradas o concluir en cualquier parte.

¹ Byron compara la poesía del siglo XVIII al Parthenón y la del XIX a las mezquitas.

No es Lisboa ni en Sevilla, sino en Janina, según el mismo Byron refiere, en presencia de *notas recogidas* en estos países, se escribieron los pasajes de Childe-Harold referentes a Portugal y España².

La primera impresión verdaderamente española de Childe-Harold en el suelo ibérico es el Guadiana; Byron, que no había visitado las orillas del Guadalete, evoca en las márgenes de aquel río las sombras de los ejércitos mauritanos, que no se encontraron

con los godos en parte alguna, toda vez que vinieron a España por los años de 1089, llamados por los árabes. El oscuro periodo de la calle del Imperio gótico, que aún no han logrado



poner en claro los valiosos trabajos de Fernández-Guerra y otros eruditos, era completamente desconocido para el gran poeta inglés, que acaso conoció la tradición de la Cava por haber delectado *La Profecía del Tajo* de nuestro Fray Luis de León y el dudoso epitafio conservado cerca de Visco.

Pequeño lapsus es este comparado con los de apreciación que comienzan en la estrofa XLVI. Childe-Harold, siempre solitario, se da prisa en llegar a Sevilla, con hermosa ciudad halla entregada por completo a las fiestas y a los cantares. "No es el sonido del clarín guerrero el que se oye en ella; resuena al bandolín de los amores, y los altares de la locura jamás se ven solitarios. El desenfreno hacer sus nocturnas correrías, y *la voluptuosidad acompañada de todos los crímenes* reina hasta el último momento en los vacilantes muros".

Estos rasgos que debieron de hacer gran impresión en el ánimo de los admiradores de Byron, los cuales sólo comprendían al andaluz armada de la punzante navajas, que ora adornaba la faja

² Me sirvo para este trabajo de una traducción hecha en vista de la última edición, y publicada recientemente, confrontada con el original inglés.

del majo, ora se atravesaba lindamente en la liga de la manola, no son, en verdad, dignos del que con tanta admirable verdad cantó las alturas del Pindo y las lagunas venecianas.

Preocupado con los cuentos de los viajeros y con sus propias calaveradas, Childe-Harold desconoció el verdadero carácter de nuestras fiestas populares, y vio en ellas todos los horrores que eran cortejos de las bacanales romanas. A no haber sido así, el ilustre peregrino se hubiera deleitado en describir a la sencilla joven que, rodeada de su familia, pasa cantando y bailando la noche en el patio de su casa, sin que cruce por su limpia frente el menor pensamiento impuro; hubiera delineado al majo *que piropea* a su adorada llamándola *isu marecita y su Virgen del Carmen!*, en prueba de la



castidad y de la pureza de su cariño; hubiera, en fin, consignado en sus geniales estrofas que el canto y el baile que legaron al pueblo andaluz los griegos y los árabes, al encarnarse en nosotros había perdido por completo la impureza oriental y el refinamiento ático, convirtiéndose en un familiar pasatiempo.

¿Qué mundo de notas y de colores no hubiera podido hallar su privilegiado ingenio en el amoroso cantar que se pierde con el trino de la guitarra, en el ruidoso castañeteo de los palillos, en los alegres aires del fandango o de las sevillanas, en el pictórico aspecto de nuestros patios arrullados por fuentes murmuradoras e iluminados por clarísimos rayos de luna?

A pesar de esto, Childe-Harold, que vagaba intranquilo por nuestros barrios, creyendo hallar acechanzas tras cada esquina, aceleró tal vez el paso al oír en golpear del adufe y el rumor del crótalo, y sin sospechar que dejaba tras de sí tesoros de poesía, escribió rápidamente en su cartera: Fiestas andaluzas, voluptuosidad y crímenes.

Al juzgar a Cádiz se equivoca igualmente el escéptico viajero:

“Todos los pueblos, dice, tienen sus locuras; las tuyas, hermosa Cádiz, en nada se parecen a las nuestras. No bien el reloj acaba de dar las nueve de la mañana, ya los devotos habitantes pasan las cuentas de sus rosarios y oran a la Virgen sin mancha, *única Virgen de Cádiz*, rogándola que los libre de todos crímenes como fieles tiene a sus pies. Desde el templo corren a la Plaza de Toros; el mismo deseo llamó a ella a mozos y viejos, a ricos y menesterosos.

He concluido el reinado de los celos; ya no existen rejas ni cerrojos, venerables dueñas ni apergaminados carceleros. Cayeron en el olvido, con el último siglo, todos estos medios de que se valía el viejo esposo para asegurarse de la fidelidad de su prisionera. ¿Qué mujeres más libres que las hermosas españolas?”

Aquí aguardábamos a Childe-Harold, para recordar a Byron.

Si tenemos en cuenta los antecedentes dados con este objeto, comprenderemos que el autor de *Don Juan*, impenitente y venal en medio de la grave sociedad inglesa, pagado de su belleza y de su talento, rodeado de amigas y aduladores, no había tenido tiempo suficiente para pensar en la virtud de las mujeres.



A ver a la españolas graciosas y sonrientes, no bajando los ojos como las hijas de Albión, sino empapándolos en toda la luz del mediodía; al presenciar algunas de esas escenas, tan frecuentes en España, donde el culto de la hermosura conserva aún esos arranques entusiastas del tiempo de la caballería; al conseguir, acaso, que una de nuestras bellas dejara caer sobre él dos o tres enloquecedoras miradas, creyéndose, sin duda, que tales tesoros, como las arenas del Darro y los azahares del Guadalquivir, estaban a la merced del primer dichoso mortal que los hallara al paso.

Que Byron se engañó a sí mismo pensando de tal manera, lo demuestran las páginas de Childe-Harold bien a las claras. El, que pierde el seso recordando a las gaditanas, y que las considera como las mujeres más admirables de España, apenas recuerda a cierta Inés, *ante la que permanecía mudo e insensible*, y cuyos encantos olvidó para contarnos sus propias desventuras.

¿Por qué, si tal impresión hacían en su ánimo nuestras hermosas, solo tuvo ante la andaluza Inés pensamientos exóticos y sombríos, que acaso produjeron una escena semejante a la de Rousseau cuando pensaba en las matemáticas con la aventurera veneciana? ¿Es qué su decantada insensibilidad le hacía olvidar aquello mismo, que admiraba, o que las altas hermosuras que él creía tan fáciles nunca se pusieran en su camino? Dado el carácter de Byron, como el de su Childe-Harold, melancólico y poco comunicativo, es prudente asegurar que no tuvo ocasión de tratar de cerca a la verdadera dama española.

Si en una de esas azuladas tardes andaluzas en que la gaditana abre su balcón y riega sus flores, el bardo inglés se hubiera hallado cerca de alguna de nuestras deidades de carne y hueso, viendo cómo se abrían sus labios para aspirar toda la sal de las brisas marinas, y como se dilataban sus pupilas para absorber todos los fuegos del ocaso; en vez de hacer una poesía llorona y desmalazada, en la que no resaltarán más que sus exagerados lamentos, habría dado libre rienda a su poderoso numen, como en las orillas del Lido; habría cantado aquel cielo y aquellas luces, aquellos labios y aquellos ojos; saturado su poema con el perfume de la rosa del tiempo o los claves tempranos.

No es, por cierto, mi ánimo menoscabar en lo más mínimo. *La Peregrinación*, cuyos menores detalles bastarán para labrar un pedestal de gloria al más humilde ingenio de nuestra época; he querido tan solo lamentar el rápido paso por nuestras ciudades del cantor de Venecia y de Atenas, del hombre que tuvo voluntad y fuerza suficientes para imponer sus gustos y sus extravíos a toda una generación de poetas maldicientes, melancólicos y licenciosos, cuyos desgarradores acentos resuenan en nuestras oídos todavía:

¿Quién fía de la esposa o de la amante

Por más que llore viéndome partir?

¡Presto otro labio enjugará anhelante

Sus peregrinos ojos de zafir...!

Esto dice Childe-Harold para consolar al pobre paje, que gime al separarse de los seres a quienes adora. Sin embargo, estas frases parecen ser, más que de incredulidad, de despecho. Byron o Childe, como ustedes quieran, no es tan incrédulo y olvidadizo como parece; el canto III del poema está dedicado a su hija Ada, y dice en la estrofa XCV: "Ada, hija querida, con tu nombre dio principio este canto y con tu nombre terminará. No te veo ni te oigo, pero ¿quién mejor que yo podría identificarse contigo? ¿Tú oirás brotar cariñosos acentos de las inanimadas cenizas de tu padre?"

Aplicando al primer viaje de Byron el itinerario de Childe-Harold, se ve sin esfuerzo que no tuvo tiempo de estudiar nuestro suelo ni nuestras costumbres. Salió el poeta Lord de Inglaterra, en compañía de Hobhousse, a fines de Junio de 1809, y regresó a su país natal, después de recorrer la Turquía, la Grecia y el Asia Menor en 1811.

En tan corto periodo de tiempo, era imposible que se diese cuenta de lo que somos ni de lo que valemos; mucho más si se tiene en cuenta que sólo atravesó una pequeña zona de nuestra Península, y que, durante su paso, España era presa de una invasión extranjera y se hallaba como oscurecida por la sombra de las enormes alas del águila napoleónica.

Basta abrir las páginas del *Peregrino* que se refieren a Italia y Grecia para comprobar cuán superiores son a las que quiso dedicarnos. En las rimas descriptivas de Venencia se siente la humedad de los Pozos, despunta la aurora del Rialto, suena el remo del Lido; parece, en fin, gravitar sobre el libro la pesadumbre del palacio que vio las desdichas de los Fóscari y de los Faliero. No ocurre lo propio en las pinturas de Andalucía; sus pálidas notas apenas alcanzan a retener el son del bandolín y el rumor del crótalo; la hermosura de las mujeres y el azul del cielo es todo lo que puede admirar entre nosotros. ¡Pero no; admira algo más, admira nuestro patriotismo y nuestro arrojo; porque Byron, de la raza de los héroes

sabe lo que valen para un pueblo libre su dignidad y su independencia!

Hay que colocar entre las imperdonables ligerezas de Byron la descripción de nuestras corridas de toros, contenida en la estrofa LXXII y siguientes del canto I de *Childe-Harold*.

El menos lince puede observar que los caballeros montados en arrogantes corceles, los matadores con venablos, y todas las demás



zarandajas de que nos habla Byron muy seriamente, no han podido ser vistos en España, donde desde mucho tiempo antes de la venida del autor de *Parisina* se mataban los toros con espada, y se picaban sirviéndose para ello de varas con puya y de *pencos transparentes*.

9

Posible es que Byron asistiese en Lisboa a una de aquellas geniales fiestas tan frecuentes a principios del siglo en la capital del vecino reino, y trasladara la acción a Cádiz, pareciéndole que el espectáculo estaba en la ciudad de Hércules más en su centro; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que esta parte de *La Peregrina de Childe-Harold* no merece crédito alguno.

En cuanto a su valor literario, haciendo abstracción de la forma rítmica, que no me atreveré a tildar, es relativamente escaso. Comparece tota ella embarullada y falsa relación con los romances moriscos españoles, o con el siguiente soneto de Zorrilla, poeta amamantado, como Espronceda y Arolas, en la escuela romántica de que Byron fue siempre el más acabado modelo:

Con el hirviente resoplido moja
En ronco toro la tostada arena,

La vista en el jinete, alta y serena,
Ancho espacio buscando el asta roja.
Su arranque audaz a recibir se arroja,
Pálida de valor la faz morena,
*E hincha en la frente la robusta vena*³
El picador, a quien el tiempo enoja.
Duda la fiera, el español la llama,
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama,
¡Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyele, brama,
Y en grito universal rompe la gente!

Ya Arolas había dicho:

Más abajo del testuz
Le entró la terrible lanza,
Fue el golpe de pronta muerte,
Vacila, tiembla, desmaya,
Con su mole da en el suelo,
Tiende la cerviz y acaba.

10

³ Lástima que este verso no se acomodase mejor al soneto.

Inútil me parece recordar cómo describe Byron a los matadores que tapan los ojos del toro para clavarle los venablos, a los que le matan al fin a traición, y a los que, después de muerto, colocan al animal en un suntuoso carro tirado por cuatro veloces caballos; estas y otras cosas más inverosímiles todavía abundan en las descripciones que se hacen allende el Pirineo, y no deben preocuparnos. Bastan sólo para probar que la fidelidad no ha sido la nota distintiva en los trabajos que se nos han dedicado por el autor de *Don Juan*, que tan amigo de España se ha querido mostrar siempre.



Resulta de lo expuesto que el decantado poema al cual debió Byron una gran parte de su popularidad no es ni puede ser simpático para nosotros. Aparte de las inconsecuencias apuntadas, resultan en el canto primero ciertas apreciaciones, que tomadas al pie de la letra nos perjudicarían grandemente. Byron se muestra entre nosotros mucho más inglés que entre los griegos, y sus frases de simpatía hacia España no son, en último resultado, más que dardos arrojados diestramente contra la Francia.

11

La estrofa XLI dice, poco más o menos, lo siguiente:

“Tres ejércitos se confunden para ofrecer el sacrificio; elévanse súplicas al cielo en tres idiomas diferentes; tres brillantes estandartes se despliegan bajo las celeste bóveda; oyéanse los gritos de ¡Francia!, ¡España!, ¡Albión!, ¡Victoria!... Los agresores, las víctimas y *el benévolo aliado que sin provecho viene locamente a combatir por otros*, se han reunido aquí como si temiesen que la muerte no fuera a herirlos bastante pronto en su suelo natal; ellos van a ser pasto de los buitres en el llano de Talavera y a fertilizar los campos cuya conquista se disputan.”

Esta egoísta tendencia da a esta parte del poema cierta ampulosidad épica, que distrae al autor del asunto principal, obligándose a ser descuidado y parco en la descripción de lugares,

monumentos y caracteres, y a dejar en el itinerario varios incomprensibles.



Childe-Harold no se detiene ante la Giralda, obra de los mauritanos, ni visita el alcázar de D. Pedro I de Castilla, donde vagan aún la sombra de María de Padilla y el fantasma de un maestro de Santiago perseguido por impalpables maceros; conténtase en Cádiz con describir fiestas que nunca vio, y parte del suelo andaluz sin llevarse, como Chateaubriand, una piedra de Medina Azahara, ni una astilla de los cipreses de la Alhambra. Acaso se debieron estos olvidos al estado de nuestras ciudades, armadas en aquella época como Belona, y no

cubiertas de afeites, como Afrodita; pero si tal fue la causa, no obró cuerdamente el buen Childe al maridar a la fácil Inés con la heroica Agustina Zaragoza; porque si fue siempre raro pasar del triclinio al gimnasio, puede considerarse como inverosímil el salto dado desde las Termópilas al tocador de Frinea.

En suma, hay biógrafos que creen que Byron o Childe-Harold, sentó mucho tiempo sus reales entre nosotros, dejando en Andalucía las indelebles huellas con que el genio consagra los lugares predilectos en que habita.

No hay tal cosa; el que quiera buscar las de Byron, búsquelas en el Lido o en Missolomghi, en las ruinas del Parthenón o bajo el puente de los Suspiros. Sevilla. BENITO MAS Y PRAT."

Después de leer y transcribir el artículo que el ecijano Mas y Prat dedica al poema de Childe-Harold en Andalucía, no tuve más que remedio que a través de internet buscar el mismo y leerlo despacio y desmenuzarlo y, es mi opinión, llego a la conclusión de que nuestro paisano Benito Mas y Prat, aparte del disgusto que la

descripción de Andalucía hace Byron, acierta rotundamente en afirmar que el mismo, ni estuvo el tiempo necesario para conocer nuestra región andaluza y lo que es peor, ni siquiera vio algunas de las fiestas que se atreve a relatar, que lleva a cabo de forma subjetiva y no sé yo si con el ánimo de ponernos, como por aquí se dice, a los pies de los caballos ante la mayor parte de Europa. De ello que sea muy interesante el artículo reproducido, obra de nuestro paisano Benito Mas y Prat, para poner los puntos sobre las íes de tanto y tanto comentarios vejatorios, desde años y años, hacía nuestra región andaluza y nuestra nación España.